

LIBIA

paraíso del petróleo

LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO

BLOODY country...", murmura Jack Hicks mientras desciende del avión delante de nosotros. "País de asco, calor de asco, moscas de asco...". Jack Hicks es americano. Treinta y cuatro años de edad, un metro ochenta de estatura, con el pelo cortado a cepillo. Lleva los brazos tatuados. El tatuaje le costó sesenta dólares y una caja de cerveza. Es perforador petrolífero de profesión.

El avión del que descendemos es un DC-3, modelo 1943. Es uno de los treinta y tantos aviones charter que trabajan para los campos petrolíferos del desierto de Libia. El piloto es un americano. El auxiliar de vuelo, cuya única misión consiste en servir coca-colas, es oriundo de Libia y se llama Ajmed. Antes, durante un tiempo, hubo azafatas en los aparatos. Pero ahora han sido sustituidas por hombres. Era demasiado arriesgado dejar sola a una mujer con hombres que venían del desierto.

El aeropuerto donde aterrizamos es una extensión de arena donde la pista está marcada por bidones vacíos. Estamos en la "Concesión perforadora 108" del desierto de Libia.

Durante la última Guerra Mundial, Libia, en los informes alemanes de la Wehrmacht, se llamaba África del Norte, y en África del Norte combatía Rommel. Hoy día, Libia es el

sexto país en la producción mundial de petróleo. Dos millones y medio de barriles de petróleo diarios. La República Federal Alemana es el principal cliente del país.

Toda la vida en Libia se centra hoy en el petróleo. Otros países están subdivididos en estados, en provincias, en sectores. Libia se divide en concesiones. Concesiones petrolíferas que el Estado otorga a las firmas para buscar petróleo. Y cada obrero, cada comerciante, cada taxista de Libia piensa en concesiones.

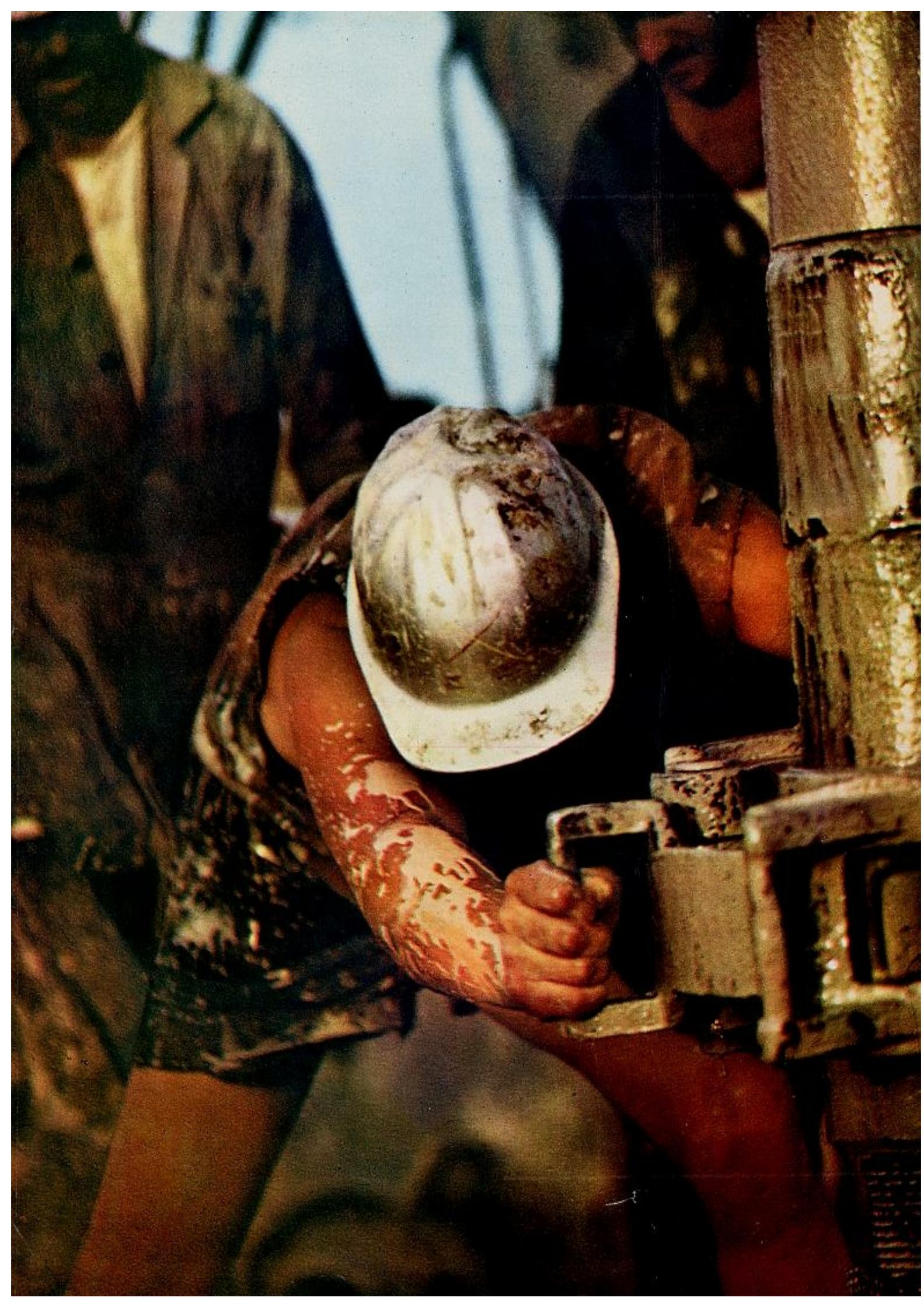
Cuando le pregunto a Ajmed, el auxiliar de vuelo, de qué parte del país procedía, no me dice Gialo, donde nació, sino "Concesión 59". Pues Gialo es sólo un oasis donde crecen un par de palmeras y donde los camellos pueden beber. Pero "Concesión 59" significa petróleo.

La "Concesión 108", la que nosotros visitamos, tenía una extensión de 1.700 kilómetros cuadrados. 1.700 kilómetros cuadrados de desierto. Ni un solo árbol, ni una sola casa, ni un solo oasis. Sólo una torre perforadora, un par de motores diesel, depósitos para agua y combustible diesel, un par de coches, un montón de barriles y tuberías y dos docenas de remolques habitables, donde viven unos sesenta hombres. En medio del desierto,

Casi cuatro veces la superficie de España, Libia —flanqueada al Norte por el Mediterráneo, al Este por Egipto y Sudán, al Sur por Níger y Chad, y por Argelia y Túnez en su parte occidental— cuenta en la actualidad con una población de 1.700.000 habitantes. Anexionada por Italia poco antes de la II Guerra Mundial, el desierto libio fue escenario bélico de la contienda que opuso en aquellas regiones a Rommel y Montgomery. Proclamada la independencia en 1951, Libia se constituyó en monarquía hereditaria bajo el reinado de Mohamed Idris el Mahdí el Senussi, elegido por la Asamblea Nacional.

Hasta la aparición de los primeros yacimientos petrolíferos, el nuevo Estado árabe contaba con muy escasos recursos económicos. De una economía específicamente agrícola y ganadera, Libia pasó a convertirse, en pocos años, en un país que, gracias a la abundancia de sus reservas petrolíferas —y a los cuantiosos beneficios que le reportan—, comienza a dar sus primeros pasos hacia la industrialización, aunque, en la actualidad, parece perfilarse una política económica que no dependa exclusivamente del petróleo. Sexto país productor en el conjunto mundial, Libia habrá exportado, a finales del presente año, más de 120 millones de toneladas. Para 1969 se espera que el total de las exportaciones alcance los 150 millones. Hoy por hoy, Libia es uno de los países más codiciados por las grandes compañías petrolíferas internacionales. Desde el año pasado, España cuenta con importantes permisos de prospección. País de gran estabilidad política interior, Libia es uno de los Estados miembros de la Liga Árabe y, como tal, prosigue una política exterior de no alineamiento. Respecto al conflicto palestino declara su total apoyo a la política común árabe que se concreta en la voluntad general de hacer desalojar a Israel los territorios ocupados a raíz de la guerra de los Seis Días. Por otra parte, existe una declaración oficial del Gobierno libio en la que condena la discriminación racial practicada por África del Sur, Rodesia y demás países respecto a la población africana.



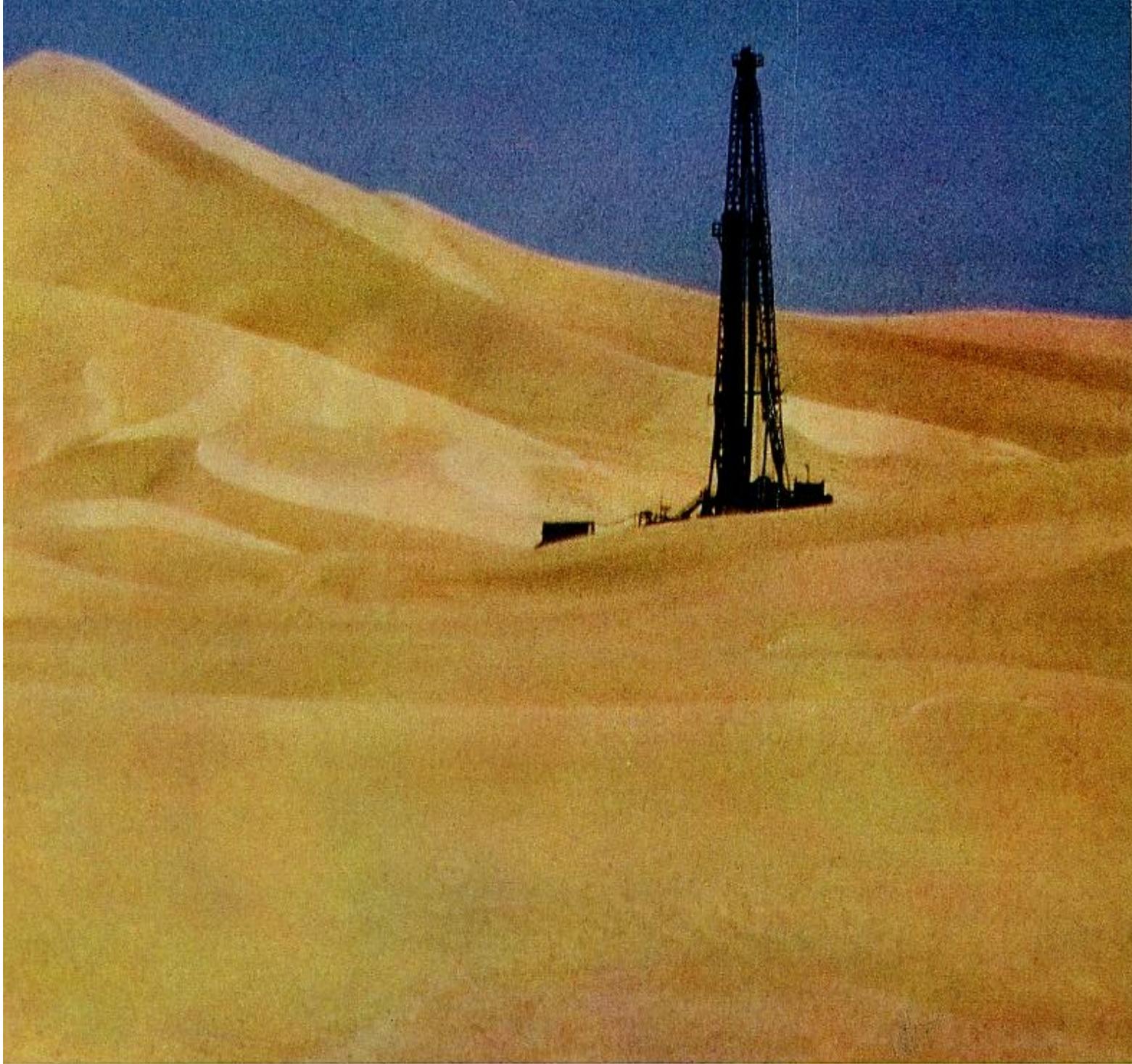




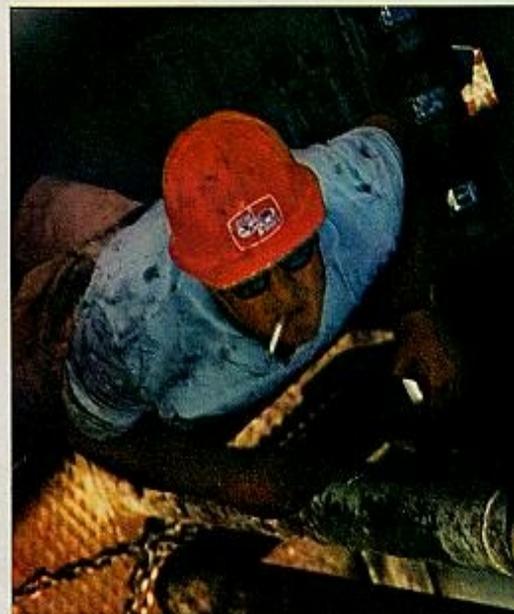
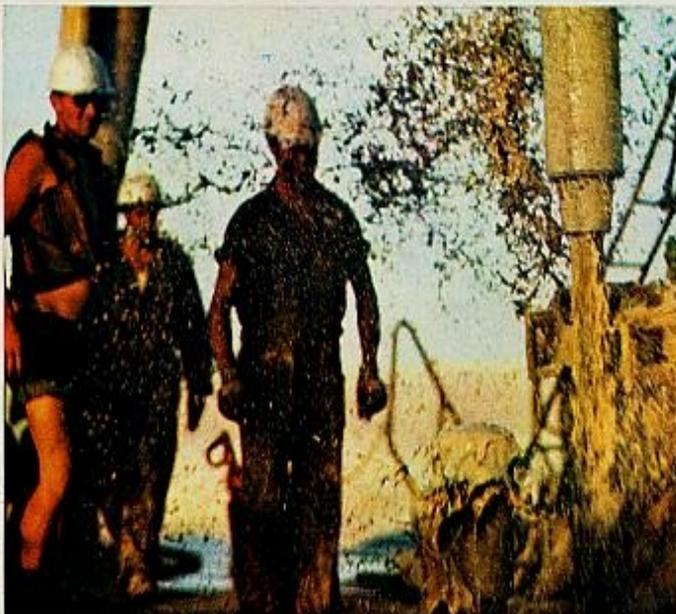
LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO



El campo petrolífero de Idris, uno de los más ricos del mundo, proporciona diariamente más de medio millón de barriles de petróleo. Cada día se queman doce millones de metros cúbicos de gas. La imagen de soledad del desierto ha dejado de ser real. Las arenas ardientes están invadidas por torres perforadoras y de hombres que van al desierto a enriquecerse trabajando en ellas.



Una máquina perforadora. El hierro quema como fuego bajo los rayos del sol. El trabajo es duro y a veces se pierden casi cuatro kilos de peso en un día. Pero la comida no se escatima y el sueldo tampoco. Hay mercenarios que ahorran varios miles de dólares al año. Y los obreros libios sacan aquí sueldos mucho más elevados que en sus trabajos habituales.



LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO



«CIENTO SESENTA DOLARES, SOLO PARA ESTAR CON UNA CHICA»

Un día por semana llega el avión y trae carne, verduras, cerveza, repuestos para las máquinas, el correo y un par de trabajadores que vuelven del permiso. Cuando el aparato despegue, los sesenta hombres vuelven a quedarse solos.

Los propietarios de la concesión 106 son alemanes, la firma «Union Rheinische». Pensamos que íbamos a encontrar trabajadores alemanes. Pero en el desierto no se pregunta por la nacionalidad. Con los alemanes, en la concesión 108, trabajan americanos. Con los americanos, en la concesión 95, trabajan alemanes. En el Oasis hay italianos, en la Esso irlandeses y griegos y canadienses. Los hombres que horadan la tierra en busca de petróleo provienen de todo el mundo. Son legionarios del trabajo.

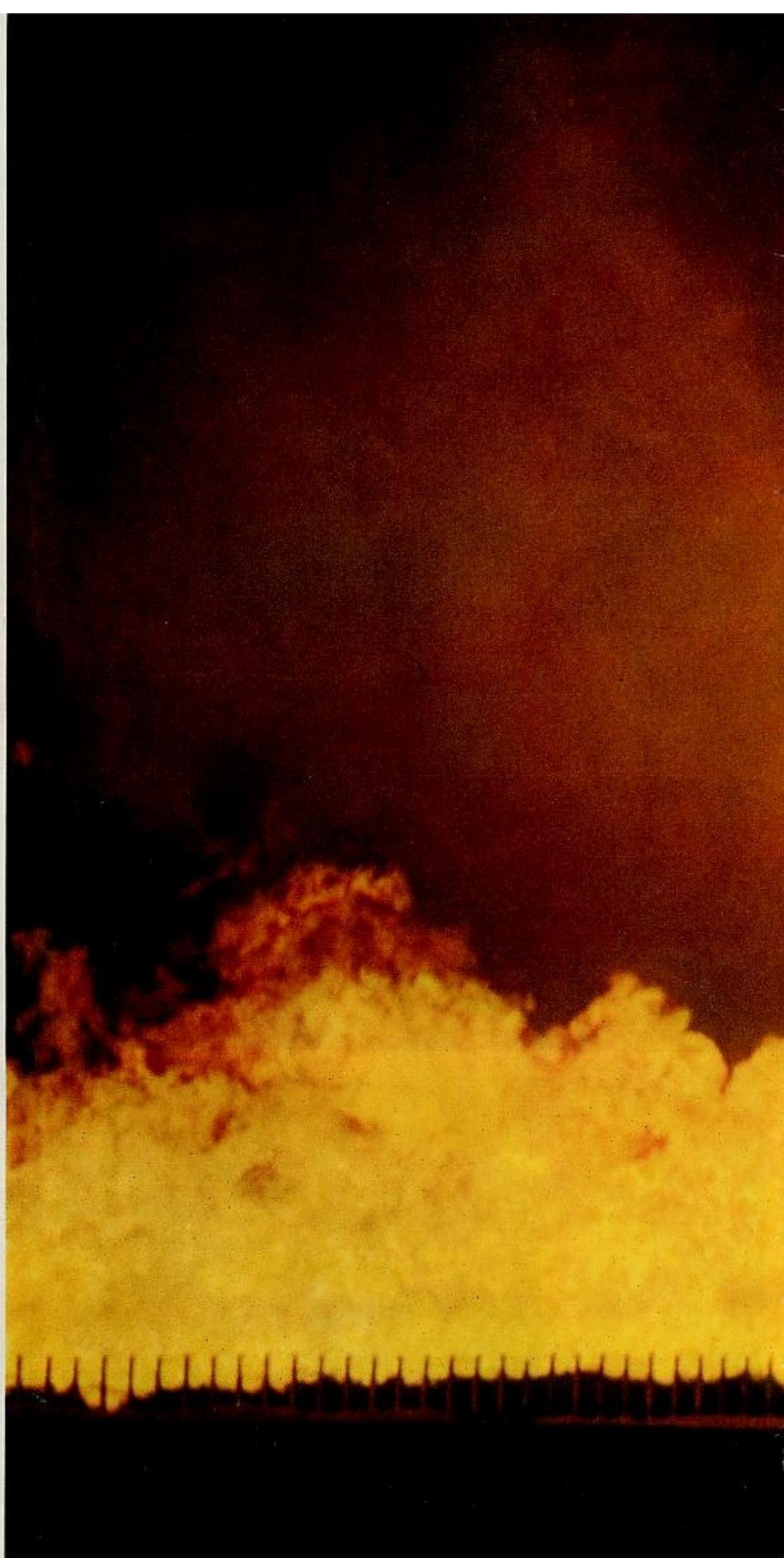
Jack Hicks, que aterriza conmigo en la concesión 108, hace ya doce años que perfora en busca de oro negro. Estuvo en Texas, en Mozambique, en Turquía. Se encuentra en Libia desde hace seis años.

«Pero Libia es un asco», me asegura reiteradamente como un niño enfadado con su juguete. Acaba de llegar del permiso. Estuvo en Beirut. Una semana. Tres semanas de trabajo—una de permiso, ése es el ritmo de trabajo de los obreros americanos en el desierto.

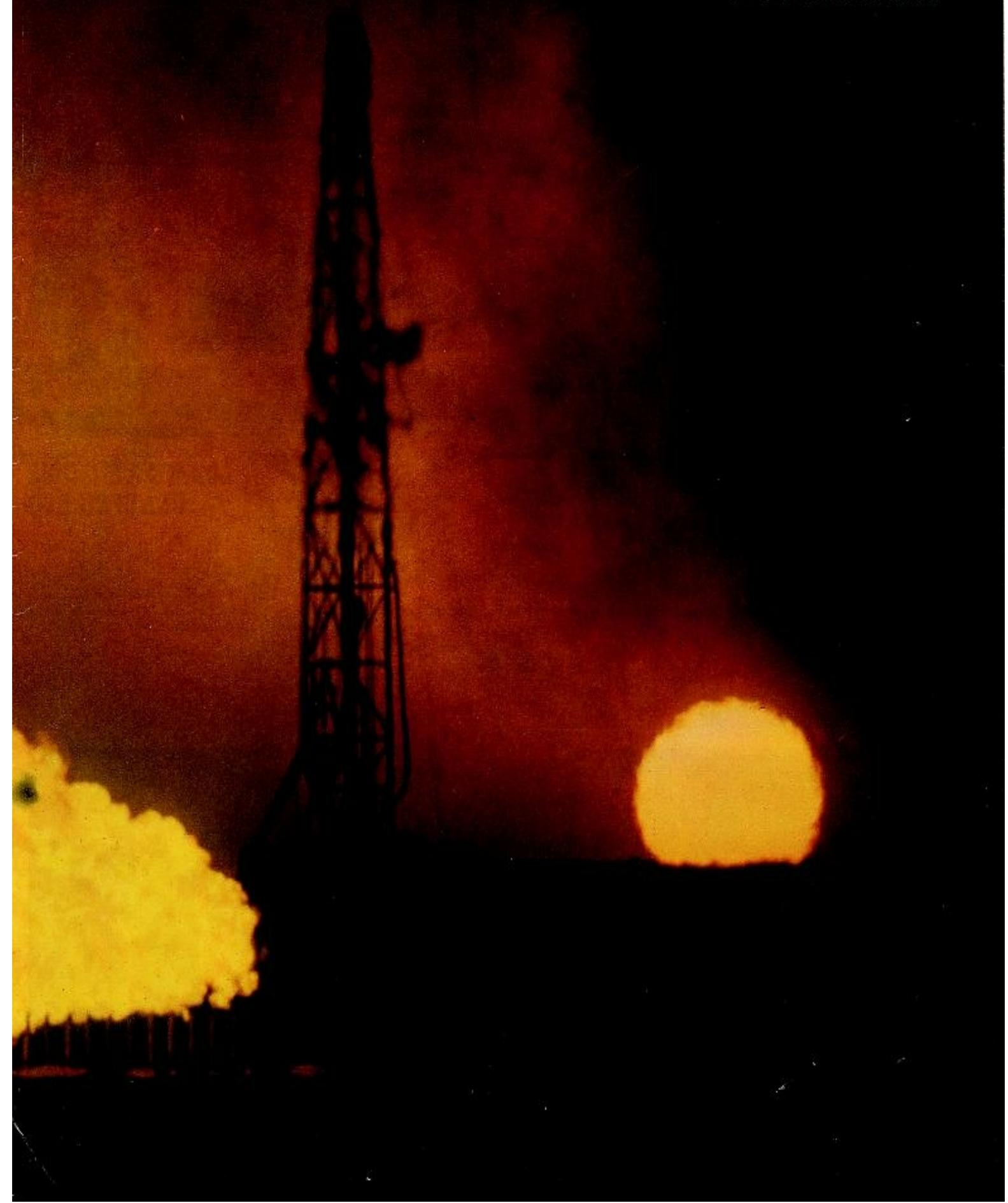
Ha pagado 160 dólares por un pasaje de avión a Beirut. «Ciento sesenta dólares sólo para poder estar de vez en cuando con una chica —murmura entre dientes—, esto es un asco».

—¿Y por qué está usted aquí?

—Escupe una maldición en la are-



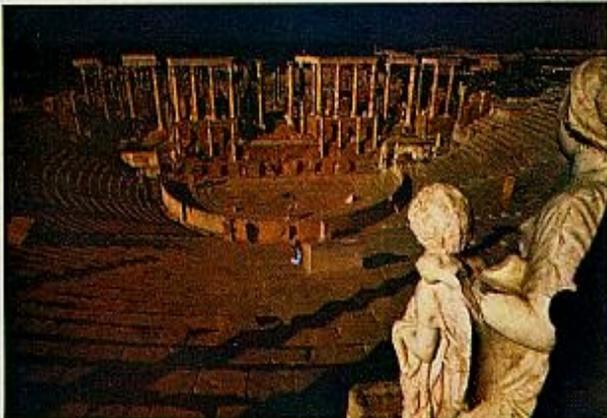
El gas arde en el desierto. No se utiliza.
Los hombres de todo el mundo
que trabajan en los pozos,
los mercenarios del desierto,
sólo buscan petróleo.
Libia, donde un día luchó el "Afrika Korps"
de Rommel,
es hoy un paraíso del petróleo.





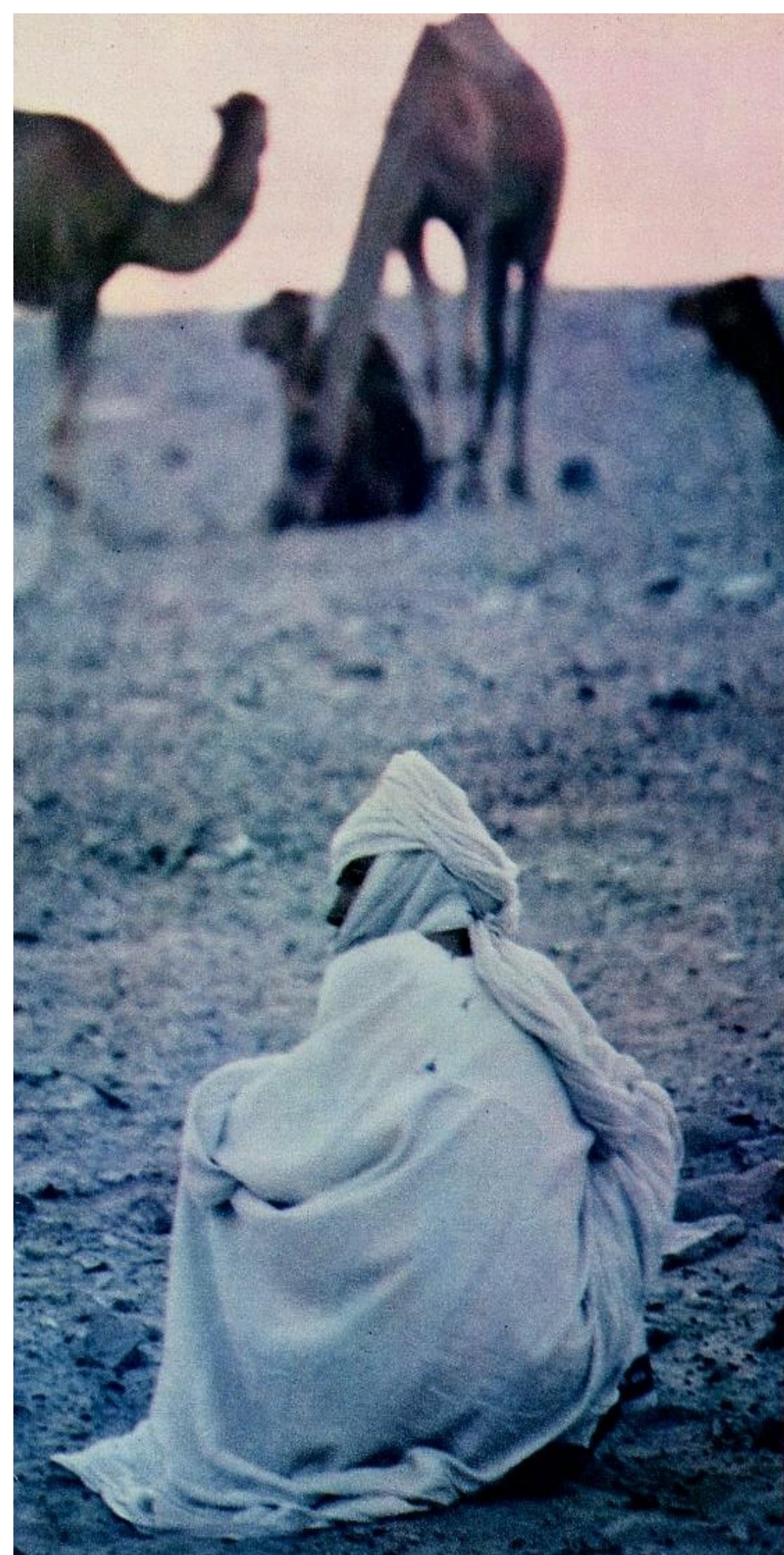
LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO

Libia tiene antiguos teatros y barrios modernos llenos de chabolas. Las ruinas de los teatros de Leptis Magna son romanas. En las cabañas de chapa y tablas viven viejos nómadas, obligados a emigrar a las ciudades, sobre todo a Trípoli, por las prospecciones petrolíferas. Entre las ruinosas chabolas surgen, de cuando en cuando, nuevos bloques de pisos contruidos gracias a los saneados ingresos de los pozos perforadores. Un grupo de geólogos franceses. También los franceses buscan petróleo en Libia. Los geólogos preceden en su trabajo a los perforadores y examinan el terreno. Cambian constantemente de lugar y viven, por eso, en tiendas de campaña. En los campamentos no hay más mujeres que las de las fotografías.



El reposo del nuevo mercenario: el ansiado fin de semana en la ciudad. Los espectáculos nocturnos. El de la fotografía pertenece al "Uaddan-Hotel", de Trípoli. El conjunto de baile está formado por chicas alemanas. El público, en su inmensa mayoría, lo componen hombres del desierto, de los campamentos de prospección y explotación del petróleo.





na, igual que otros escupen el chicle.

—Durante el último mes he ganado aquí mil cuatrocientos dólares.

—¿Ha encontrado petróleo?

—Ni gota. Pero eso no importa. No nos pagan por el petróleo, sino por las perforaciones.

La plataforma de la torre perforadora está resbaladiza. Un obrero libio resbala. La llave inglesa se cae en el barreño y salpica. Leon Ethridge se limpia las salpicaduras de la cara. «Them fucking arabs...». Leon Ethridge es el maestro perforador del grupo que en aquel momento trabaja en la torre. Procede de Texas. Tiene a su mujer viviendo en Malta porque Malta está cerca, pero no es tan cara como Libia.

—Si quieres hacer que un libio trabaje, tienes que adoptarle —me explique—. Entonces puedes darle patadas. Si no, no puedes. Pero si no le das patadas, no consigues que trabaje.

Hace cinco horas que se encuentra al pie de la torre. Trabajan en tres turnos. Dos americanos y tres libios. De ocho de la mañana a cuatro de la tarde, de cuatro de la tarde a medianoche y de medianoche a ocho de la mañana.

Es la una de la tarde, con 48 grados de temperatura a la sombra. Y la sombra más próxima se encuentra a 400 kilómetros. La concesión 108 se encuentra a 400 kilómetros al sur de Bengasi. Y entre la torre perforadora y Bengasi sólo hay desierto.

Enroscan secciones de tuberías, sueldan cadenas, dirigen las grúas. Todo se realiza con perfecta coordinación. Cada metro de tubería que se introduce en el suelo reporta a la empresa treinta dólares. Y si la empresa considera que van demasiado despacio, saben muy bien cómo meterles prisa.

Leon Ethridge come junto a la máquina. El cocinero le ha traído la comida. Está comiendo dos filetes y una escudilla llena de judías, después un gran plato de compota. Por la mañana se había comido tres huevos fritos con salchichas asadas y tomates. Por la noche se reparó un pollo asado por cabeza.

UN PERFORADOR ADELGAZA TRES KILOS Y MEDIO AL DÍA

El trabajo bajo el sol implacable adelgaza, consume. Los médicos han podido comprobar que un obrero perforador en el desierto, en un solo turno de trabajo, puede adelgazar hasta tres kilos y medio. Por ello no se escatima la comida. El libio que suministra al campamento lleva ahora un Mercedes 250.

También hay agua en abundancia. Uno de los remolques está acondicionado como ducha. Día y noche fluye agua caliente y fría. En el casino y en el comedor hay máquinas automáticas para agua muy fría. El agua se saca con bombas desde 70 metros de profundidad. Casi en todas partes del desierto de Libia existe agua dulce bajo la arena.

Por la noche, a eso de las once, me encuentro de nuevo con Leon Ethridge. Lo encuentro tumbado en un sillón en la sala de estar, con una lata de cerveza sobre su tripa desnuda y la mirada fija en una foto de glaciares que cuelga en la pared. En el tocadiscos, el cantante



calidad...
variedad...

RIELES para cortinas y visillos

Kirsch

entre su extensa gama encontrará siempre el más apropiado para cada hueco.

pero, ¡ojol!, no se deje sorprender...

si desea la garantía **Kirsch**, exija que lleve su marca.

PUBLI-ARISEX

FABRICADOS POR
HOFESA
VITORIA

otros productos **HOFESA**

PERSIANAS VENECIANAS **LEVOLOR**
PUERTAS PLEGABLES **modernfold**

LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO

americano Hank Williams canta «I'm so lonesome, I could cry» («Estoy tan solo, que podría gritar»). Hace ya media hora que canta lo mismo. Sin parar.

Sobre la mesa se encuentra un diario libio con una foto del rey Idris en la portada. Le pregunto a Ethridge si ha visto alguna vez al rey. Mueve la cabeza con gesto cansino.

—¿Qué rey? ¿Es que tienen rey aquí? No lo sabía. Ni tampoco me importa. ¿A quién le interesa saber quién gobierna Libia?

—¿Qué hará usted cuando se deje de perforar en Libia?

—Entonces me iré a otro sitio. Perforar siempre se perfora.

—¿Y cuando sea viejo, cuando tenga cincuenta o sesenta años?

—No lo sé. Aquí nadie piensa en eso.

Nos dirigimos por el desierto hacia la concesión 95. Allí trabaja un grupo alemán. Y también hay cerveza alemana. Nos guiamos por la brújula. Está atornillada al parabrisas del Land-Rover. La arena está dura y lisa como una tabla. Vamos a ochenta por ahora.

No encontramos obstáculos. Sin pausa cruzan nuestro camino huellas de neumáticos. Y de vez en cuando un par de barriles vacíos y tuberías semicubiertas por la arena de algún yacimiento abandonado. El desierto ya no está vacío, al menos no lo está en Libia. Por todas partes hay torres perforadoras y campamentos. Desde el avión parecen innumerables puntos negros, como detritus de moscas.

CERVEZA ALEMANA, COGNAC FRANCÉS, WHISKY ESCOCÉS

Hace más de una hora que vamos por la arena. Pero aún no se ve nada de la torre perforadora de la concesión 95.

—¿No nos habremos pasado?
—No se preocupe, ya lo encontraremos.

—¿Y si no lo encontramos?
—Entonces ellos nos buscarán. He dicho en el campamento a dónde nos dirigimos. Y a los del noventa y cinco también, por radio. Hoy ya no se pierde nadie en el desierto.

Ya el aspecto de la concesión 95 delata la presencia de alemanes. Los remolques habitables están colocados en perfecta línea recta. Y la necesidad que tienen los alemanes de la comodidad, hizo que convirtieran en bar uno de los remolques. Una barra casera, un par de sillones con las patas serradas, una máquina tragaperras.

La variedad del alcohol haría honor a cualquier gran establecimiento de una gran ciudad. De whisky escocés a jugo de grano de Westfalia, de coñac francés a tres variedades de cerveza alemana, aquí hay de todo. Hoy día, Libia es rica.

No hay límites a la importación. Y quien tiene dinero para pagar puede beber lo que quiera.

Las mujeres sólo existen en las fotos y en la imaginación. En el desierto no hay mujeres. La perforación en busca de petróleo, las prospecciones, son cosa de hombres. Docenas de grandes fotos de mujeres semidesnudas o desnudas por las paredes demuestran cuáles son los sueños de los hombres en el desierto.

El ingeniero en prospecciones Walter Cramme tiene cuarenta y dos años, está casado y con dos hijos. Hace dieciséis años que trabaja en el extranjero.

—Pero dentro de seis meses termino. Con diez años en esto ya tengo bastante.

—¿Y por qué entonces no ha abandonado antes el trabajo?

Descorcha una lata de cerveza y de un trago la deja por la mitad.

—Mi sueldo es aquí el doble que en casa y sólo pago un ocho por ciento de impuestos —aquí, en Libia, también hay impuestos—, y vivo de balde. Aquí ahorro al año por lo menos cinco mil dólares. Hace dos años adquirí, cerca de la ciudad de Celle, una tienda de autoservicio.

Me había imaginado que la busca de petróleo sería una aventura como antaño lo fuera la fiebre del oro, y que los hombres que participaban en ella tiraban su dinero apostándolo en el casino de Trípoli. Pero en el casino no se ve un solo hombre del desierto. Los que se encuentran rodeando las ruletas son los libios que se han hecho ricos, comerciantes, directores americanos o alemanes en visita de negocios.

EL SEÑOR ASMIL SE DECLARA EN HUELGA, PUES GANA LO SUFICIENTE

Libia no es sólo un lugar de trabajo. Desde hace diecisiete años es un Estado independiente. Pero el país tiene menos habitantes que Madrid. De todas partes del mundo llegan aquí empresas y hombres para buscar oro negro y hacerse ricos lo antes posible. Mas también los libios sacan sus buenas ganancias con el petróleo.

De los sesenta hombres en la concesión 108, cuarenta son árabes. Marrón claro, marrón oscuro y casi negros. En el gran desierto se han mezclado muchos pueblos.

Los libios viven de dos en dos en cada carramato y los libios de ocho en ocho. Los remolques de los blancos disponen de acondicionador de aire, los de los libios no. Pero no se quejan de esto. Están acostumbrados al calor. Y el sueldo y la comida que les dan aquí, para muchos de ellos sigue siendo un milagro.

Asmil tiene veinticuatro años.

Cafetera SUPER EXPRES



siempre limpia y brillante

más puro sabor de café

O.E.S.T.E.



totalmente
de acero
inoxidable
18/8!

con su novísimo diseño:
sin rosca, ¡se cierra y abre tan fácilmente!
totalmente desmontable y recambiable -
filtro sin poso - capacidad graduable.

Dos tamaños: { pequeño, 3 ó 6 tazas
grande, 6 ó 12 tazas



BRA PRIMERA FIRMA ESPAÑOLA DEL ACERO INOXIDABLE



¿Sabéis que
las prendas nerva
tienen furor de vivir?

ANTONI BERNAD - MICHAEL

jersey de angora

LA MODA EN ESPAÑA
nerva

LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO

Proceda de Ghadames, un gran oasis en el extremo occidental del país. Su familia posee allí una casa y un pedazo de tierra en el que crecen un par de palmeras.

Hace tres años, Asmil se marchó a Trípoli. No ha aprendido ningún oficio. Tampoco sabe ni leer ni escribir. Pero es libio. Y por eso mismo, a los pocos meses ha encontrado trabajo en uno de estos campos petrolíferos. La ley obliga a emplear nativos a todas las empresas extranjeras.

En cada empresa, Asmil trabaja sólo un par de meses. Sólo cuando su familia necesita dinero. No cultivan la tierra que les pertenece en el oasis y también han dejado de recolectar los dátiles. Eso les cuesta demasiado trabajo. En lugar de ello, les compran los dátiles a los argelinos que pasan con ellos la frontera. Asmil les envía dinero y, a veces, también latas de conservas que «encuentra» en la despensa del campamento. Poco a poco, la parcela en el oasis se cubre de arena.

Asmil gana unas 8.700 pesetas al mes, sin impuestos, y le pagan, además, la estancia. En su familia nadie ganó jamás esta cantidad. No necesita tanto. Y por eso, de vez en cuando, se declara en huelga.

Cuando le pregunto a Asmil por qué está en huelga, me mira de reojo.

—Comida mala —dice en inglés macarrónico— y yo libio. Libios ricos. Libios no trabajar. Petróleo nuestro.

Entonces vuelve a subir el volumen de su transistor. Por el altavoz suenan voces de El Cairo. Radio El Cairo exhorta a los árabes a no dejarse explotar por los extranjeros. Y muchos de los trabajadores escuchan radio El Cairo.

Hace diez años, Libia era el «hospicio» de África del Norte. Hoy figura entre los países más ricos del mundo. Para este año 1968, el Gobierno cuenta con 52.000 millones de pesetas en divisas gracias al petróleo. Eso son casi 35.000 pesetas en divisas por cabeza para la población.

Según la ley, el setenta por ciento de las ganancias por el petróleo debe ser invertido en el desarrollo de la población. El Gobierno construye carreteras, escuelas y hospitales. Pero el desarrollo lleva un paso lento. Dos tercios de la población siguen sin saber leer ni escribir. La riqueza de Libia no llega a diez años que existe.

Los italianos fueron los primeros en suponer que existía petróleo bajo las arenas del desierto al sur del Mediterráneo, cuando dominaban al país en calidad de colonia. Mas por aquellos tiempos, la segunda guerra mundial impidió que continuasen las prospecciones. Y en 1951, Libia se convirtió en un Estado independiente. Cuatro años más tarde se otorgaron las

primeras concesiones petrolíferas. Al cabo de otros cuatro años más, en 1959, en abril, la Esso encontró, a 175 kilómetros al sur de la costa, el primer gran yacimiento de petróleo.

En 1961, Libia no llegaba a producir ni siete millones de barriles, y sólo disponía de un puerto petrolero. Hoy dispone el país de cinco puertos petroleros, más de mil kilómetros de pipelines y la producción ha ascendido a 627 millones de barriles. En los últimos meses, la producción sobrepasó incluso a Kuwait, y los expertos esperan que, incluso antes de que finalice el año, la producción de Libia sea mayor que la del Irán. Si esto llega a suceder, Libia sería el quinto país en la producción mundial de petróleo, detrás de Estados Unidos, Unión Soviética, Venezuela y Arabia Saudita.

Entre los compradores del petróleo libio, Alemania figura en primer lugar. En este año se habrán exportado allí 35 millones de toneladas. En Libia, el 80 por 100 de los ingresos estatales proceden del petróleo, y el Gobierno ya no puede prescindir de las exportaciones durante un periodo largo de tiempo, como sucedió durante la guerra de los seis días israelita.

Son las dos de la madrugada. Somos tres los que estamos en la plataforma de la torre perforadora: Klaus Ilgner, Thomas Höpker y yo.

Klaus Ilgner es ingeniero de perforaciones. Tiene treinta y cuatro años, está casado. Es el encargado de la vigilancia en la concesión alemana 108. Hace dos horas y media le mandaron llamar desde la torre. Una sonda eléctrica por eco había quedado atrapada en la arena a 3.000 metros de profundidad.

Los tubos perforadores que se habían extraído antes del sondeo se vuelven a introducir con la esperanza de poder desatranchar el aparato.

—¿Y si se queda atrapado?
—Entonces tiene que pagarlo nuestra empresa. Y el cacharro cuesta cuarenta mil dólares.

La búsqueda de petróleo es cara. En Libia, el oro negro se encuentra a unos 2.000 ó 3.000 metros de profundidad. Y cada perforación cuesta unos tres millones de dólares. Pero según los cálculos de los científicos, sólo en una de cada diez perforaciones se encuentra el codiciado fluido. Esto significa que quien no pueda desprenderse sin pestañear siquiera de treinta millones de dólares, es mejor que se olvide de meterse en el negocio.

LA CONCESION 108

Ante nosotros, en el horizonte, vibra el resplandor de un fuego. Viene del campamento de Idris. Está a veinte kilómetros de la costa.
(Pasa a la página 57.)



soy otro...

desde que
disfruto del
toque seco,
"brut" de



ROYALE AMBREE

BRUT
FOR MEN

- * EAU DE TOILETTE
- * EAU DE RASAGE
- * EAU APRES RASAGE
- * STICK DEODORANT

LA SERIE CON IMPACTO GRIS ACERO, VARONIL 100%

LEGRAIN

PARIS

LOS MERCENARIOS DEL DESIERTO

(Viene de la página 45.)

cesión 108. Allí se está quemando gas natural, pues se extrae petróleo. El campo petrolífero de Idris es el número de la suerte en la lotería del petróleo en Libia. El campo se encuentra en la concesión 103. En esta concesión, la Mobil Oil estuvo perforando durante años enteros y no encontró nada. Cuando devolvió la concesión, la Occidental se hizo cargo de ella. La Occidental era, hasta entonces, una pequeña empresa americana casi desconocida. De esto hace dos años. Hoy saca sólo del campo de Idris 550.000 barriles de petróleo diarios.

El productor cobra por cada barril dos dólares. De éstos, uno va a parar al Estado como impuesto. Queda un dólar por barril para la Occidental. Esto significa más de medio millón de dólares de ganancia limpia al día.

Klaus Igner, al que sus colegas americanos llaman «el Klaus alemán» por sus ojos azules, su pelo rubio y su cara abierta, franca, parece sacado de un anuncio de muchachos alemanes, chispea con los dedos.

—En el petróleo hay que tener suerte.

—¿Por qué no se acerca más? Su concesión llega por lo menos a diez kilómetros más allá.

—Ya lo hemos hecho. Nuestra primera perforación estaba del

campo de Idris sólo unos ocho kilómetros.

—¿Y...?

—Más seco que un erial.

—¿Y qué harán ahora?

—Dentro de dos semanas comenzaremos con la próxima perforación a quince kilómetros al oeste de aquí.

—¿Por qué dentro de dos semanas?

—Antes de comenzar nuestra empresa quiere estudiar a fondo el subsuelo.

—¿No cuesta esto demasiado tiempo?

Se encoge de hombros.

—Los americanos lo hacen de otra forma. Si no encuentran nada, sencillamente recogen los trastos y se van al siguiente lugar. Nosotros somos más conclenzudos. Cada una de nuestras dos perforaciones aquí nos ha costado tres meses.

Pienso en mi conversación con el secretario de Estado Jaroushi, en el Ministerio libio de Petróleo. El secretario de Estado me citó, con cierta sorna, una frase que, al parecer, fue expresada por un experto magnate americano: «Los americanos perforamos para encontrar petróleo y los alemanes perforan para estudiar científicamente el suelo de Libia». ■ PETER GRUBE (textos) - THOMAS HÖPKER (fotos). Exclusiva STERN-RADIAL PRESS para TRIUNFO.



**TODO
A LA VISTA
ORDENADO
LIMPIO
IMPECABLE**

**amplia gama
de modelos
para oficina
y estudio**



**CARPETA
bolín**

Fabricado por IPECSA
Carretera de Aragón Km. 11.300
Madrid-22